



PAZ Y BIEN

XIV Domingo durante el año

5-V- 2026



*"Soy paciente y humilde de corazón"*

## XIV Domingo durante el año

5-V- 2026

### Textos:

Zac.: 9, 9-10.

Rom.: 8, 9. 11-13.

Mt.: 11, 25-30.

### *"Soy paciente y humilde de corazón"*

Jesús abre, en el Evangelio de hoy, una página de la espiritualidad cristiana que está un poco olvidada, que ha sido un aspecto importante y que los santos vivieron en profundidad: la paciencia, la humildad, la pequeñez, pensemos sólo en algunos, los más conocidos como san Francisco, el pobre de Asís, el hermano menor, y en Santa Teresita – experta en la ciencia del amor – con su magisterio sobre la infancia espiritual.

Jesús alaba al Padre porque se ha revelado a los pequeños y así nos enseña que el evangelio no es privilegio de los que se creen sabios y prudentes, sino que abre sus páginas a todos los hombres de buena voluntad, sobre todo los pequeños, a los pobres en espíritu y humildes de corazón.

El Padre *"reveló estas cosas a los pequeños ¿A qué pequeños? No a los que son pequeños en edad, sino a los que son pequeños respecto al pecado y la malicia"* (Epifanio el Latino, *Interpretación de los evangelios*, 26).

Cuando Jesús nos dice: *"...aprended de mí, porque soy paciente y humilde de corazón"*, se nos está ofreciendo como paradigma, modelo en la práctica de la humildad y nos pide que lo imitemos, y el medio más eficaz para persuadirnos a abrazar esta virtud es la consideración de la humildad de Cristo, ya que en Él, como afirmaba Santa Catalina de Siena, encontramos *"la fuente siempre amante de la humildad"* (Carta 345). Y San Agustín nos recuerda: *"Por ti fue crucificado, para enseñarte la humildad"* (In Ioannis ev. tract, 2, 4). Esto nos hace recordar que la norma de la humildad cristiana es la imitación de Jesús.

El vicio que se opone a la humildad es la soberbia que es un apetito desordenado de la propia excelencia (cfr. S. Tomás).

Para San Agustín la soberbia es fundamentalmente *"un amor perverso de sí mismo"* (De Genesis ad litteram, ib. XI, cap. 15, 19) y al mismo tiempo una

*“perversa imitación de Dios”* (En. in ps. 70, 6). En definitiva es el hombre que se hace dios y la medida de todas las cosas.

Cuando San Agustín trata de entender e interpretar la historia, la considera como el resultado de un gran conflicto entre dos ciudades, la Ciudad de Dios, fundada en la humildad del hombre, sometido al Señor, y la Ciudad del Mundo radicada en la soberbia del hombre autodivinizado. Este tema tiene una gran actualidad, pues es innegable la existencia de la soberbia en el tejido social de nuestro tiempo, en una cultura de la exaltación del hombre por el hombre mismo, desconociendo y olvidando los derechos de Dios.

La soberbia está íntimamente unida a la mentira; por algo Santa Teresa decía que *“la humildad es andar en la verdad”*.

Las cosas materiales son importantes para nuestra vida temporal, pero debemos tener en cuenta que existe una estrecha relación entre el interés desmesurado por los bienes terrenos, y la propia exaltación perseguida por el soberbio. La persona anhela acumular bienes temporales para exaltarse a sí mismo. El hombre de nuestro tiempo parece lanzado a la carrera de la riqueza, la opulencia, la ostentación, con tremenda pérdida en el orden del espíritu (cfr. A. García Vieyra. *“La soberbia”*).

Lo que el Señor nos manda, a nosotros, gente de una cultura consumista y acumuladora de bienes, es *“que seamos sobrios en las costumbres y humildes en nuestros sentimientos, nos manda también que no ofendamos a nadie, que no despreciemos a nadie y que tengamos dentro de nuestro corazón todas las virtudes que manifestamos en nuestras obras exteriores”* (San Rabano de Maguncia, c. 784-856).

*“No se puede ser hermano si no se es humilde”* (S. Pablo VI, Disc. en la ONU).

Las virtudes de la humildad y la sobriedad deben brillar en todos los ciudadanos pero especialmente en los hombres y mujeres públicos, aquellos que dirigen o se postulan para dirigir los destinos de la Patria.

Hermanos, el Señor nos exhorta a la humildad, porque sabe que la soberbia no sólo destruye la fraternidad, destruye también la relación entre los pueblos, y a los pueblos mismos, en definitiva, *“el principio de todo pecado es la soberbia”* (Eccli. 10).

El Señor nos anima a ser pacientes y humildes de corazón porque la humildad ocupa un lugar importante en el edificio de nuestra vida espiritual. San Agustín nos pregunta: *“¿Piensas construir un gran edificio en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad”* (Sermones, 69, 2). Y un Padre

del siglo VI, San Doroteo de Gaza, también explica con la imagen de la construcción del edificio, afirmando que el fundamento del edificio espiritual es la fe, pero la argamasa sobre la que el constructor debe apoyar cada piedra, es la humildad (cfr. *Instrucciones*, XIV, n. 151).

El Papa León XIV, en su encíclica “*Magnifica Humanitas*”, hace referencia a dos imágenes bíblicas: la construcción de la torre de Babel (cfr. Gn. 11, 1-9) y la construcción de los muros de Jerusalén (cfr. Ne. 2-6).

La torre de Babel, tiene aparentes buenas intenciones, *“Sin embargo, el proyecto esconde un profundo engaño: es una obra concebida sin referencia a Dios (...) Cuando la ciudad se edifica sobre el orgullo y la pretensión de bastarse a sí misma, la comunicación se rompe, las lenguas se confunden y los seres humanos ya no se comprenden. El resultado no es la unidad, sino la dispersión. Babel revela así el límite de toda construcción que, por grandiosa que sea, surge de la absolutización de lo humano y de su pretensión de autosuficiencia, sacrifica la dignidad de las personas en aras de la eficiencia y aspira a alcanzar el cielo sin la bendición de Dios.*

*El libro de Nehemías, a su vez, comienza en un momento de gran vulnerabilidad en la historia del antiguo Israel. Tras el exilio babilónico, una parte del pueblo ha regresado a Jerusalén, pero la ciudad sigue en ruinas, las murallas se han derrumbado y las puertas han sido quemadas (cf. Ne 1-2). Nehemías, un judío al servicio del rey persa Artajerjes, recibe la noticia del desastroso estado de la ciudad de sus padres. Antes de actuar, ayuna, reza e intercede por el pueblo; luego pide permiso al rey para regresar a Jerusalén y, una vez allí, examina en silencio los lugares destruidos. No impone soluciones desde lo alto. Convoca a las familias, confía a cada una un tramo de muralla para reconstruir, escucha los temores, coordina los esfuerzos y hace frente a las oposiciones. El relato muestra cómo la ciudad renace no gracias a la iniciativa de una sola persona, sino a través de la responsabilidad compartida de todo el pueblo: sacerdotes, artesanos, jefes de familia, mujeres y jóvenes. Es una obra que tiene a Dios en el centro y reconstruye los vínculos incluso antes que las piedras. La antigua Jerusalén recupera así un lenguaje común, no el de la uniformidad, sino el de la comunión: la armonía que nace cuando cada uno asume su parte y todo el pueblo reconoce que su fuerza viene del Señor”.*

*“Cuanto más orgullosa es un alma – afirmaba Charles de Foucauld – tanto más va alejándose de Dios, y cuanto más humilde es, tanto más se acerca a Dios” (Leyendo el Evangelio de Mateo). Como afirmaba Antonio Gaudí: “Primero el amor, después la técnica”.*

Por último, Jesús nos ofrece su consuelo, la condición que nos pone, es que tomemos su yugo que es suave y liviano, sometiéndonos a sus preceptos. Haciendo esto encontraremos descanso para nuestras almas, consuelo y alegría.

Hermanos, el Señor nos llama, nos convoca: *“vengan a mí, los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré”*. Debemos ir hacia Él, pero *“no con los pies, sino con las costumbres; no con el cuerpo, sino con la fe, porque éste es el camino espiritual que nos acerca a Dios”* (S. Remigio de Reims + c. 530).

Pidamos al buen Dios nos de la gracia de la pequeñez para poder recibir los consuelos que Su Hijo nos prometió.

Amén.

G. in D.